

La deriva iraquí

Balace

Med. 2007

202

Gema Martín Muñoz

Directora General

Casa Árabe e Instituto Internacional de Estudios Árabes y del Mundo Musulmán, Madrid y Córdoba

A lo largo de este año la situación en Oriente Medio no ha experimentado cambios que permitan tener una visión optimista sobre su posible evolución futura. Por el contrario, el balance es muy preocupante y muestra una extensión de crisis y conflictos, que se desarrollan simultáneamente, como nunca había ocurrido en la historia de esta región. Ese escenario bélico en crecimiento se desarrolla en un complicado marco en el que se multiplican los actores no estatales (grupos armados, milicias, resistencias de diverso origen social y político) a la vez que los procesos institucionales y económicos están bloqueados: ninguna alternancia política, ni ningún progreso en el desarrollo de esos países parecen vislumbrarse. La desesperanza y la frustración van ganando terreno en esas sociedades y su inmensa juventud junto a sus elites profesionales oscilan entre la deserción (vía emigración) o la alienación progresiva.

La comunidad internacional se encuentra igualmente bloqueada en esta región. La política americana incide en la vía militarista mientras su imagen está degradada y desacreditada como nunca en la región, incluso entre sus más próximos aliados. Las iniciativas de la diplomacia saudita no van necesariamente de acuerdo con la política de Washington. La Unión Europea (UE) se reparte entre la pasividad o el seguimiento de la política estadounidense, en un momento en que el fracaso de la Pax Americana y su proyecto refundador de Oriente Medio ofrece una oportunidad necesaria a otras potencias para enderezar la deriva en la que se sumerge la región. Ocasión que están aprovechando con más decisión Rusia y China.

El balance de la llamada «guerra contra el terrorismo» es manifiestamente sombrío a la vez que está erosionando los derechos humanos y creando un mundo muy inseguro. Irene Khan, Secretaria General de

Amnistía Internacional afirmaba en el Informe 2007 de esta organización que «mediante unas políticas cortas de miras que siembran el temor y la división, los gobiernos están socavando el Estado de derecho y los derechos humanos, alimentando el racismo y la xenofobia, dividiendo a las comunidades, intensificando las desigualdades y sembrando semillas de más violencia y conflictos (...) la 'guerra contra el terror' y la guerra de Irak, con su catálogo de abusos contra los derechos humanos, han creado profundas divisiones que arrojan una sombra sobre las relaciones internacionales y dificultan aún más la resolución de conflictos y la protección de la población civil».

En el caso de Irak, a la deriva caótica y extremadamente violenta que vive el país desde 2003 se han ido sumando otros factores de extensión del conflicto a la región. El enfrentamiento entre milicias sunníes y shiíes va creando unas condiciones de división que sobrepasan el espacio territorial iraquí y contaminan toda la región. Los desequilibrios y las discriminaciones padecidas por los shiíes iraquíes, y árabes en general, debían ser afrontados dentro de procesos de reconciliación nacional de base democrática y nunca bajo las imposiciones de una ocupación militar extranjera, abriendo las puertas a la revancha histórica, el oportunismo sectario y la falta de la regulación de un Estado de derecho consensuado. La imposición de una autonomía, casi independencia, del Kurdistán iraquí está facilitando la vuelta a las actividades del Partido de los Trabajadores Kurdos (PKK) en Turquía con las consecuencias de intervención militar turca que puede conllevar. La falta de legitimidad, legalidad internacional y consenso regional en el establecimiento de dicha autonomía, impuesta por Estados Unidos y el Reino Unido tras la Guerra del Golfo en 1992, contribuía a abrir una caja de Pandora sin plan estratégico regional en lugar de resolver una reivindicación nacionalista aceptada por todos. Finalmente, Irak se ha convertido en escuela de las nuevas resistencias árabes y musulmanas que alimenta la radicalización y exporta modos de acción terroristas.

El balance de la llamada «guerra contra el terrorismo» es manifiestamente sombrío a la vez que está erosionando los derechos humanos y creando un mundo muy inseguro

Otro riesgo evidente en Irak, cuyas consecuencias regionales serían catastróficas, es su colapso e implosión. De hecho las estructuras del Estado apenas subsisten y su Gobierno es formal pero no real. En Irak no se está desarrollando una guerra civil sino una fragmentación extrema de resistencias, milicias y grupos extremistas que actúan de acuerdo a sus respectivos parámetros reivindicativos e ideológicos en una doble guerra contra el ocupante y contra quienes no comparten sus intereses locales o regionales. Es un caos violento y demoledor del que sólo se puede salir teniendo en cuenta las organizaciones más transversales, con más legitimidad popular y con un pensamiento iraquí que traspase los intereses clánicos y sectarios. La cuestión está en que esas organizaciones defienden la soberanía iraquí y el fin de la ocupación extranjera de manera que no se acomodan a la estrategia de selección interesada del liderazgo e impuesta por los actores externos. Pero movimientos como el de Muqtada al-Sadr no pueden ser ignorados en la búsqueda de una solución.

En Irak no se está desarrollando una guerra civil sino una fragmentación extrema de resistencias, milicias y grupos extremistas que actúan en una doble guerra contra el ocupante y contra quienes no comparten sus intereses

La tragedia humanitaria

De una manera o de otra estamos familiarizados con los problemas políticos de Irak pero ¿somos conscientes del alcance de la tragedia humana que encierra ese conflicto?

El creciente desmoronamiento de ley y orden ha

favorecido el desarrollo del crimen, la delincuencia y el secuestro al servicio de la extorsión económica, elevando los índices de inseguridad ciudadana a niveles insoportables para la vida cotidiana de la mayor parte de los que habitan o residen en el país. Los costes sociales y económicos son muy elevados: el desempleo iraquí oscilaba en torno al 30 % antes de la intervención estadounidense y en la actualidad alcanza entre un 60 y un 70 %. La reconstrucción no avanza, tanto porque la inseguridad y la violencia son una losa insuperable como porque el presupuesto adjudicado para la misma se está desviando para financiar el incremento de las fuerzas militares y las compañías privadas contratadas para garantizar la seguridad al personal estadounidense y a las autoridades iraquíes. Unido a esto, en mayo de 2005 la primera auditoría sobre el reparto del Fondo para el Desarrollo de Irak desvelaba la existencia de relevantes cantidades de dinero desaparecidas, contratos pagados dos veces, libros de cuentas manipulados. Hay que señalar que dicho Fondo es una enorme cuenta corriente en la que se ingresan los beneficios de la venta del petróleo iraquí, las enormes cantidades de dinero congeladas en las cuentas secretas del régimen de Saddam Hussein en bancos extranjeros y la suma que dejó el programa Petróleo por Alimentos una vez disuelto. Estados Unidos sigue manteniendo el control sobre el Fondo y su gestión a través del Grupo Central de Apoyo Conjunto dependiente de la embajada estadounidense en Bagdad.

Los niveles de la sanidad y la educación han sido sometidos por la destrucción de las infraestructuras a un nivel de sociedad preindustrial. La UNICEF ha calculado que cientos de escuelas han sido destruidas desde 2003 y la violencia progresiva impide su reconstrucción, la distribución de equipamiento y su funcionamiento regular. Asimismo, la destrucción del medioambiente está generando desequilibrios graves en el ecosistema, y la destrucción de fuentes de agua y de los sistemas de potabilización y canalización de aguas residuales está poniendo en alto riesgo la salubridad y la salud de la mayoría de los iraquíes.

La falta de seguridad y servicios básicos, los enfrentamientos sectarios y las frecuentes operaciones militares han ocasionado una gigantesca bolsa humana de desplazados en Irak que alcanza a los dos millones de personas. Estos viven en situaciones límite, algunos en campos, otros acogidos por sus familias, amigos o simplemente por personas de su propia comunidad. No faltan quienes están *ocupando*

edificios públicos medio derruidos o abandonados. Pero esta crítica situación humanitaria iraquí, lejos de remitirse al propio país ha desbordado también sus fronteras y planteado enormes desafíos a los países vecinos y a la comunidad internacional. Otros dos millones de refugiados iraquíes se reparten entre Siria y Jordania, incluso unos 250.000 han llegado hasta Egipto. Antes de la tragedia iraquí, contábamos ya con un dato impactante que nos recordaba la intensidad de los conflictos en los países del área del Norte de África y Oriente Medio: según Naciones Unidas, en esta relativamente pequeña región del planeta, se agrupaban el 47,2 % del total de refugiados que existen en el mundo. De toda esa inmensa cantidad de personas desplazadas y viviendo en muy precarias condiciones humanitarias, los refugiados palestinos son la gran mayoría. Constituyen hoy día un grupo social que suma más de cuatro millones de seres humanos, y son los grandes olvidados de la información, la política y las relaciones internacionales. Son la cara oscura de la representación del conflicto más largo de la historia contemporánea que nunca la comunidad internacional ha sido capaz de resolver, si bien ello supone condenar a una subsistencia marginal, sin dignidad y sin futuro a un número enorme de personas que, consecuencia de esa falta de solución, sigue aumentando demográficamente y dando nacimiento a nuevas generaciones que viven en guetos insalubres y malolientes con una absoluta falta de esperanza en el alarmante polvorín social y político en que se ha convertido Oriente Medio. Pues bien, si desde 1948 a hoy día el número de refugiados palestinos ha alcanzado la cifra de cuatro millones, a estos hay que añadir una nueva oleada iraquí que en tan solo cuatro años suman ya dos millones. Con el tiempo la Agencia de las Naciones

Unidas para los Refugiados de Palestina (UNRWA), ha visto cómo su presupuesto en el marco de Naciones

La capacidad de los países receptores es muy restringida, de manera que los conflictos regionales e internos pueden ir aumentando porque esos refugiados se irán convirtiendo en actores cada vez más inmersos en el odio y la frustración

Unidas se ha ido reduciendo enormemente a medida que el problema se prolongaba y enquistaba en el tiempo, dependiendo cada vez más de donaciones privadas o bilaterales. Así, hoy día los campos de refugiados palestinos en Jordania (1.780.701), Líbano (400.582), Siria (424.650), Cisjordania (687.542) y Gaza (961.645); en este caso son el 80 % de la población total gazi), dependen básicamente del trabajo de voluntariado y de que los Estados o las instituciones privadas se acuerden de que existe esta parte de la humanidad abandonada. El aumento de dos millones de *nuevos* refugiados iraquíes vislumbra una muy difícil situación presupuestaria y financiera por parte de los organismos internacionales para afrontar esta inmensidad de personas abandonadas a su suerte y completamente dependientes. La capacidad de los países receptores es muy restringida, de manera que los conflictos regionales e internos pueden ir aumentando porque esos refugiados se irán convirtiendo en actores cada vez más inmersos en el odio y la frustración.